



# CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro  
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

[www.creced.ch](http://www.creced.ch)

mayo/junio 2023

## Índice n° 3/2023

|    |                              |                       |
|----|------------------------------|-----------------------|
| 2  | Los milagros del Señor Jesús | <i>W.W. Fereday</i>   |
| 6  | Orando en todo tiempo        | <i>E.A. Bremicker</i> |
| 9  | Samuel, hombre de oración    | <i>Ph. Lüigt</i>      |
| 16 | Sus hermanos hablaron con él | <i>J.T. Mawson</i>    |

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

# Los milagros del Señor Jesús

---

(Viene de la página 6 del n° 2/2023)

## 25. La mujer encorvada

Lucas 13:10-17

Este incidente, registrado por Lucas solamente, ocurrió un día sábado. Probablemente, en ningún otro día de la semana nuestro Señor fue tan vigilado por sus adversarios como en ese día. Su fin siempre era encontrarlo haciendo algo que pudieran usar contra él. ¡Cuán poco entendían ellos, en su incredulidad y maldad, que estaban juzgando a aquel que había dado la ley en el monte Sinai! Esto es más lamentable todavía por el hecho de que estos hombres no eran los ignorantes de la tierra, sino los guías religiosos del pueblo escogido de Dios.

Este milagro fue hecho en una sinagoga, muy probablemente en Jerusalén. Allí estaba una mujer “que... tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada”. Es la figura de la condición espiritual de cada hombre a causa del pecado, incapaz de levantar la vista hacia el rostro de Dios, y débil para remediar su mal (Salmo 40:12; Romanos 5:6). La mujer había sufrido por dieciocho años. Su condición apeló enseguida al sensible corazón del Salvador. Él

la llamó y le dijo: “Mujer, eres libre de tu enfermedad”. Puso las manos sobre ella, quien se enderezó luego y glorificó a Dios.

Si hubiese habido un poco de discernimiento espiritual en el principal de la sinagoga, se habría acordado del Salmo 103. Todas las personas presentes allí podrían cantar: “Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser tu santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de tus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias” (v. 1-3). Pero tales sentimientos no pasaron por la entenebrecida mente del principal de la sinagoga. En lugar de eso, se encendió en indignación, diciendo a la gente: “Seis días hay en que se debe trabajar; en éstos, pues, venid y sed sanados, y no en día de reposo”. Esto nos sugiere una seria cuestión. Cuando Dios prescribió el sábado para el hombre, prohibiéndole trabajar en este día, ¿se propuso atar sus propias manos y hacer impropio para él mismo realizar un hecho de misericordia? Pensar así sería conocerlo mal. Tan bondadoso y compasivo es él en su amor, que nada puede detener su gracia hacia el hombre completamente arruinado. La mujer que había sido recién sanada era una “hija de Abraham”; ella poseía la fe de Abraham. ¿Debe esperar la fe para la bendición porque era día

sábado? ¡Imposible! Es la fe que hace venir sobre nosotros la bendición de Dios, no las obras o las observancias religiosas. “Al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia... Por tanto, es por fe, para que sea por gracia” (Romanos 4:5, 16). **La gracia da la bendición, y la fe la recibe.** Toda la obra necesaria para el eterno bien del hombre ha sido realizada por el Hijo de Dios cuando murió en la cruz.

El Salvador no dudó en exponer la hipocresía del hombre sin corazón que se atrevía a juzgarlo. Este desataría sin problema su buey o su asno del pesebre en el día sábado y los llevaría a beber, pero negaba a Jesús el derecho a desatar a una mujer que sufría. Este principal de la sinagoga nos muestra que, en el nombre de la religión, uno puede venir a ser un enemigo de Dios y oponerse a su obra.

## 26. Un hombre hidrópico

Lucas 14:1-6

Encontramos otro incidente en un día sábado. El lugar no es una sinagoga, sino la casa de un gobernante, que era fariseo. El Señor había sido invitado. Lucas dice de los que estaban presente: “éstos le acechaban” (v. 1). No es necesario decir más acerca de la actitud del anfitrión y de los convidados hacia el huésped. El que estaba sentado a

la mesa con ellos era Dios manifestado en carne, pero en su ceguera ellos no lo podían ver.

Para los que tenían oídos para oír, esta escena fue una oportunidad llena de instrucción. Jesús que dice siempre la verdad habló libremente, y las cosas que dijo ese día debían haber llevado a cada uno a humillarse ante Dios. El Salvador habló de la infinita gracia de Dios, así como del irremediable mal del corazón humano.

La presencia de un sufriente —un hombre afligido con hidropesía— fue la ocasión que él usó para enseñarles. Esta vez, Jesús mismo mencionó la cuestión del sábado. “Habló a los intérpretes de la ley y a los fariseos, diciendo: ¿Es lícito sanar en día de reposo?” Al no obtener respuesta, sanó al pobre enfermo y le despidió. Pero sabiendo la oposición que había en sus corazones, les dijo: “¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en algún pozo, no lo sacará inmediatamente, aunque sea en día de reposo?”. Ellos callaron. Cuando se trataba de sus propios intereses no tenían ningún escrúpulo en actuar prontamente, aunque fuese en un día sagrado (v. 2-6).

El hombre —aun religioso— está en desacuerdo completo con Dios. Su fidelidad a las formas de religión, de la cual se jacta, no es el fruto del amor hacia Dios, sino simplemente la gratificación de su propio orgullo espiritual. ¿Se puede imaginar

algo más ofensivo que esto? Si por una parte los transgresores de la ley divina producen “malas obras” (Colosenses 1:21), por otra parte los hombres religiosos producen “obras muertas” (Hebreos 9:14), Ambas cosas son igualmente odiosas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta (4:13). El hombre está moralmente tan alejado de Dios que de todos se debe decir: “Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7).

La exposición del corazón humano por el Salvador en la mesa del fariseo es una cosa humillante. Primero, reprendió el orgullo de los convidados que escogían los primeros asientos (Lucas 14:7-11). Después, censura el egoísmo del anfitrión, que había invitado solo a aquellos que le podían devolver su invitación (v. 12-14). ¡Este orgullo y este egoísmo se manifestaban en presencia del que había dejado la gloria del cielo y se iba a ofrecer a sí mismo en la cruz por amor a los pecadores que se perdían!

Alguien se atrevió a hablar y decir: “Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios”. El Señor pronunció entonces la parábola de la gran cena (v. 15-24) que nos muestra que, cuando Dios provee algo grande y costoso, el hombre no tiene ningún interés por esto. En la casa del fariseo los hombres buscaban los primeros asientos, pero cuando Dios invita y ofrece su gracia nadie se interesa. “Te ruego que me excuses” fue la

uniforme respuesta a la invitación divina. Tal es la enemistad del corazón humano hacia Dios que, si ha de tener convidados en su fiesta, él necesita decir: “Fuérzalos a entrar”. ¡Qué contraste entre el corazón del hombre y el de Dios, lleno de bondad, y esto eternamente!

## 27. Los diez leprosos

Lucas 17:11-19

Este incidente ocurrió durante el último viaje en el camino de nuestro Señor a Jerusalén pasando entre Samaria y Galilea. Al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, y en un acuerdo clamaron a él para ser sanados. La fama de sus hechos de poder se había extendido desde Dan hasta Beerseba; por eso estos enfermos apelaron a él. Uno de ellos era samaritano y los otros judíos. Bajo circunstancias ordinarias, los nueve habrían despreciado la compañía de este hombre, “porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí” (Juan 4:9); pero esta enfermedad común los había puesto en un mismo nivel. Lo que pone a todos los hombres en el mismo nivel es el pecado, del cual la lepra es en la Escritura la figura expresiva. Grandes y pequeños, ricos y pobres, religiosos y no religiosos, todos están en la misma posición ante Dios. “No hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

No importa que uno deba 50 o 500 denarios, si ninguno tiene con qué pagar (Lucas 7:41-42).

En respuesta al clamor de los leprosos, el Salvador dijo: “Id, mostraos a los sacerdotes”. ¿Por qué actuó él de este modo? ¿Por qué no extendió la mano y los tocó, dándoles enseguida una sanidad, como lo hizo con el leproso de Lucas 5:13? La razón parece estar en que quería probarlos en cuanto a la confianza en su palabra. Esta prueba tuvo un resultado perfecto. Sin ningún cambio en su condición, dirigieron sus pasos en dirección al templo para ofrecer las dos avecillas (Levítico 14:1-4). Confiaban en que la sanidad vendría en el camino, como realmente ocurrió. “Mientras iban, fueron limpiados”. Estos diez hombres nos dan una lección muy útil. Nos necesita la fe en la palabra divina tal como la hallamos hoy en las Escrituras. La crítica moderna y los “argumentos de la falsamente llamada ciencia” (1 Timoteo 6:20) están destruyendo la fe en la Palabra de Dios. Multitudes permanecen en la incredulidad para su mortal peligro. Pero para estos diez leprosos — como para nosotros — la bendición se encontraba solo en el camino de la fe. “La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17).

Una destacable cosa ocurrió. Tan pronto como los leprosos se dieron cuenta de que habían sido sanados, el samaritano se apartó de sus

compañeros (quienes continuaron su camino), y volvió a Jesús, glorificando a Dios a gran voz, postrándose a sus pies. A sus ojos los santuarios, ceremonias y sacerdotes, eran sin importancia comparados con el Hijo de Dios. Los otros nueve podían ocuparse con las formalidades de Jerusalén, pero él solo podía ser feliz a los pies del Salvador. El Señor lo recibió con las palabras: “¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?” Si el Señor podía hablar así en una tierra donde las ceremonias religiosas del pueblo eran de institución divina, ¿qué diría hoy cuando las ceremonias en las cuales los hombres se enorgullecen son derivadas en parte del judaísmo y en parte del paganismo, todas ellas en oposición con la clara enseñanza del Nuevo Testamento? Una religión hecha de ceremonias es algo absolutamente estéril. Solo el contacto con la persona del Hijo de Dios puede traer satisfacción y gozo en el corazón. A él, no a centros religiosos, debemos nuestra obediencia y fidelidad; porque es el que nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y el que vive siempre para interceder por nosotros en la gloria del cielo. Aunque algunos se satisfagan con una mera religión de formas, nosotros debemos encontrar nuestro todo en Cristo mismo.

(Continuará)

## Orando en todo tiempo

---

Con esta exhortación el apóstol Pablo termina su enseñanza sobre toda la armadura de Dios, en Efesios 6, e introduce la conclusión de su epístola. Nos muestra que solo podemos usar adecuadamente esta armadura, que necesitamos para luchar contra el enemigo, si permanecemos en la dependencia de Dios expresada en la oración. En nosotros mismos no encontraremos la fuerza y la sabiduría que necesitamos para resistir al enemigo y sus artimañas. Únicamente podremos hacerlo mirando al Señor y dependiendo de él.

Detengámonos en el detalle de esta exhortación a la oración, cuyo alcance es general.

*“Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí”* (Efesios 6:18).

### Con toda oración

Tenga en cuenta las palabras “todo”, “todos”, utilizadas varias veces en este pasaje. “Con toda oración” significa que no hay circunstancias ni situaciones en las que no podamos orar. Ya sea que nos encontremos en la alegría o en el dolor, en una situación fácil

o difícil, podemos y deberíamos orar siempre, en una actitud de dependencia. Puede ser una breve llamada de ayuda: «Señor, ayúdame». En todas las situaciones, Dios quiere que experimentemos el maravilloso fruto de la oración: **su paz** que guarda nuestros corazones y nuestros pensamientos en Cristo Jesús (Filipenses 4:7).

### Oración y súplica

A través de su Palabra, Dios nos comunica su pensamiento. A través de la oración, tenemos el privilegio de poder dirigirnos a él. Es la **expresión de nuestra dependencia**. La oración de los creyentes está motivada por el hecho de tener con Dios temas de interés en común. Así es para las acciones de gracias y las peticiones. El tema en común más elevado es la persona de nuestro Señor. Cuando traemos adoración a Dios, le hablamos de su Hijo amado. Pero aquí se trata de las circunstancias en que pueden encontrarse los creyentes. Tenemos comunión con Dios tanto en las circunstancias de la vida como en lo que afecta a nuestros hermanos y hermanas. Esta parte común, la expresamos en oración.

La súplica es una llamada apremiante a Dios. Cuando nos encontramos en circunstancias difíciles, oramos más intensamente. Suplicamos a nuestro Dios, sin querer imponerle nada. Se complace en nuestra



ferviente súplica. Encontramos en la Biblia muchos ejemplos de personas que han implorado a Dios de esta manera. Moisés lo hizo por el pueblo de Israel y por sí mismo (Éxodo 32:11; Salmo 106:23; Deuteronomio 3:23). Jacob y Ana lloraron con súplica (Oseas 12:4; 1 Samuel 1:10). Pablo le rogó al Señor tres veces que quitara el aguijón que tenía en su carne (2 Corintios 12:8). En situaciones de angustia, la oración toma forma de súplica; son gritos provenientes del fondo del corazón de quien pasa por la prueba.

### En todo tiempo

¿Cómo entender estas palabras? ¿Quiere decir Pablo que tenemos que pasar de rodillas todos los días y las noches? Ciertamente no. Es verdad que hubo situaciones en las que varias personas oraron toda una noche. Pensemos en nuestro Señor, el hombre perfecto, que probablemente pasó más de una noche orando a Dios (Lucas 6:12). Pero de eso no trata nuestro pasaje. La vida cotidiana impone a todos múltiples exigencias. Los niños van a la escuela, los jóvenes se forman y los adultos ejercen su profesión o cuidan la casa. Trabajar en la obra del Señor también puede consumir parte de nuestro tiempo.

“Orar en todo tiempo” significa ser conscientes de depender del Señor en todo lo que hacemos,

y hablarle siempre. Todos necesitamos esta dependencia, ya sea en la vida matrimonial, en la vida familiar, en nuestra actividad profesional, en nuestras relaciones con nuestros hermanos y hermanas, o dondequiera que estemos. El estudiante que rinde un examen no puede orar continuamente, pero sí puede hacer su trabajo en una actitud de dependencia, esperando en Dios. El evangelista que predica la Palabra a los no creyentes debe concentrarse en lo que dice, pero, sabiendo que no puede confiar en sus propios recursos, también dirige su mirada hacia arriba, esperando de Dios la palabra que conviene. La oración ha sido llamada la respiración del alma. En general, no nos damos cuenta de que respiramos, pero si dejamos de hacerlo, lo notamos de inmediato.

### En Espíritu

Judas se dirige a los destinatarios de su carta con una exhortación similar: “orando en el Espíritu Santo” (Judas 20).

Por un lado, tenemos que orar de acuerdo con el Espíritu Santo, permitiéndole guiarnos y poner los temas de oración en nuestros corazones.

Por otro lado, tenemos que orar en el poder del Espíritu Santo. Por nosotros mismos, no podemos orar adecuadamente. Pablo escribe a

los romanos: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Romanos 8:26).

Como es el Espíritu Santo quien nos da la fuerza para orar, está claro que no oramos a Él. El Nuevo Testamento nos muestra que el propósito del Espíritu siempre es glorificar al Señor Jesús (Juan 16:14-15). El Espíritu de Dios — siendo una persona divina como el Padre y el Hijo— no dirige la mirada de los creyentes sobre sí mismo, sino sobre la gloria del Señor. No hay exhortación o ejemplo en la Biblia que nos incite a orar al Espíritu Santo.

### **Velando en ello con toda perseverancia**

La oración y el sueño no van juntos. Debemos estar despiertos para orar. El ejemplo de los discípulos en Getsemaní nos instruye sobre este tema. Cuando el Señor se levanta de la oración y los halla durmiendo, le dice a Pedro: “¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación” (Mateo 26:40-41). No juzguemos a los discípulos, porque vemos en ellos nuestra propia imagen, sino que tomemos en serio la advertencia que el Señor les da. Aún otros

pasajes vinculan los dos verbos “velar” y “orar” (véase Marcos 13:33; 1 Pedro 4:7).

“Con toda perseverancia” expresa la constancia en la oración. El deseo del Señor es que estemos constantemente en su dependencia. A veces presentamos nuestras peticiones al Señor, tal vez incluso en muchas oportunidades con urgencia, luego, al no encontrar una respuesta rápida, nos cansamos. Esto puede suceder tanto en nuestra oración personal como en la de la iglesia local. Al comienzo de los Hechos, vemos a los hermanos y hermanas de Jerusalén orando unánimes y perseverando sin cesar en las oraciones (Hechos 2:42; 4:24; 12:5). En el monte Carmelo, el criado enviado por Elías para mirar hacia el mar tuvo que volver siete veces antes de finalmente ver una pequeña nube, la cual fue el comienzo del cumplimiento (1 Reyes 18:43-44). Tenemos razones para creer que Elías no dejó de orar durante todo este tiempo.

### **Por todos los santos; y por mí**

Por un lado, los efesios fueron invitados a incluir a “todos los santos” en sus oraciones, y, por otro lado, se les presenta un tema de oración bien definido: el apóstol Pablo y su ministerio. Un amplio campo de visión y necesidades precisas. Este doble aspecto es muy importante para nosotros.



## Samuel, hombre de oración

---

*“Así que, lejos sea de mí que peque yo... cesando de rogar por vosotros” (1 Samuel 12:23).*

Durante casi ochenta años, Samuel ministró en Israel, viajando por el país para exhortar, traer de regreso y fortalecer los corazones. En cierto modo, su vida caracterizada por la oración recuerda la de Jesucristo Hombre, nuestro Señor, el ejemplo perfecto.

Antes de abordar la vida de Samuel, recordemos lo que sucedió en la casa de sus padres, en la cual recibió una breve pero importante preparación. Es el punto de partida de su consagración y del ferviente amor por su pueblo.

### Elcana y Ana, padres piadosos en tiempos de debilidad

Elcana, el padre de Samuel, era levita. Sin embargo, contrariamente al pensamiento de Dios, tenía dos esposas: Penina, que tenía hijos, y Ana, que era estéril. Penina “la irritaba, enojándola y entristeciéndola” en lugar de animarla (1 Samuel 1:6), lo que siempre deberíamos hacer con nuestros hermanos y hermanas afligidos. Sin embargo, Ana sabía cómo utilizar

La frase “por todos los santos” encaja bien con el marco de la epístola a los efesios. En el capítulo 1, Pablo recuerda su amor “para con todos los santos” (v. 15) y en el capítulo 3 quiere que puedan entender “con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura” de los maravillosos diseños de Dios (v. 18). En 1 Timoteo 2, es por “todos los hombres” que debemos orar (v. 1-4), lo cual está de acuerdo con la enseñanza de esta epístola. De hecho, nos presenta al Dios Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos.

¡Que el Señor ensanche nuestro horizonte! No nos limitemos a orar por los hermanos y hermanas que conocemos, sino que pensemos en todos los hijos de Dios.

Además, es bueno que el tema de nuestras oraciones sea bastante concreto. No oramos simplemente por los creyentes en general, sino que intercedemos ante Dios por necesidades bien definidas que conocemos. El resto de este pasaje evoca un tema preciso de oración. El apóstol Pablo deseaba hablar para dar a conocer con desnudo el misterio del Evangelio, y les pidió a los creyentes que oran por esto.

¡Que la enseñanza de este versículo no sea solo para nuestra inteligencia! Tengamos en nuestro corazón el deseo de cumplir mejor lo que significa orar en todo tiempo.

E.A. Bremicker

los recursos divinos. Poco comprendida en su hogar, llevó su dolor a Dios.

Todos los años, Elcana subía a Silo para adorar. Allí se hallaban el arca y los sacerdotes. Ahí era donde Dios hizo morar su nombre al principio. Ana acompañó a su marido y, en su aflicción, derramó largamente su pena delante de Dios, con amargura de alma llorando abundantemente (v. 10). Hablaba en su corazón, de modo que solo se movían sus labios. El sacerdote Elí la observó; pero le faltó discernimiento, malinterpretó completamente la actitud de esta mujer de fe (v. 12-14). Ana suavemente, respondió: “He derramado mi alma delante de Jehová... por la magnitud de mis congojas y de mi aflicción he hablado hasta ahora” (v. 15-16). El sacerdote entonces buscó corregir su error y le dijo: “Ve en paz, y el Dios de Israel te otorgue la petición que le has hecho” (v. 17).

¡Qué ejemplo y qué aliento para todos aquellos que experimentan sufrimiento físico o moral! (compárese con los Salmos 62:8 y 102: título). No cultivemos en secreto nuestra amargura. Pongamos el tema de nuestro sufrimiento ante Dios; su paz guardará entonces nuestros corazones y nuestros pensamientos en Cristo Jesús (Filipenses 4:7). Acordémonos que Dios es el “Dios de toda consolación” (2 Corintios 1:3).

Ana se apropió con fe del voto expresado por el sacerdote; recibió este aliento de Dios mismo, sin dejarse desanimar por la debilidad del instrumento que empleaba. Tranquila, “comió, y no estuvo más triste” (1 Samuel 1:18). El niño que nacerá será la respuesta a la oración de fe. Su nombre será el testimonio constante de esto; Samuel que significa: «pedido a Dios» o «Dios ha oído».

Dios siempre responde a las oraciones que tienen su gloria en vista (Juan 14:13). Ana había dicho: “Si... te acordares de mí, y... dieres a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida, y no pasará navaja sobre su cabeza” (1 Samuel 1:11). Por lo tanto, sería un nazareo (Números 6:1-12). El deseo más querido de los padres cristianos debe ser siempre que sus hijos sean consagrados al Señor Jesús desde el nacimiento.

“Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí. Yo, pues, lo dedico también a Jehová”, le dijo a Elí, llevándole al pequeño Samuel después de haberlo destetado. “Todos los días que viva, será de Jehová”, añadió (1 Samuel 1:27-28). Ella era consciente de que su responsabilidad seguía comprometida con su hijo y no dejaría de orar por él. También es nuestro privilegio para con nuestros hijos, incluso cuando son mayores.

Confiado al Señor, Samuel se desarrollaba espiritualmente de manera armoniosa, a pesar de la distancia con sus padres. ¿Y qué hizo primero este niño cuando llegó a la casa del Señor en Silo? “Adoró allí a Jehová” (v. 28). A continuación, su actitud de respeto por el siervo de Dios, a pesar de las fallas de este, correspondía a la actitud que había tenido su madre en el pasado (v. 15). ¿De qué manera hablamos a nuestros hijos de los hermanos y hermanas de la iglesia en la cual nos congregamos y de los que sirven al Señor?

### **El servicio del joven Samuel en Silo**

Con las capacidades limitadas por su edad, Samuel podía ser visto por todos, sirviendo “en la presencia de Jehová, vestido de un efod de lino” (1 Samuel 2:18). En su cuidado amoroso, la madre hacía y le traía, “cada año”, una túnica pequeña nueva (v. 19) a medida que “crecía delante de Jehová” (v. 21). Él era “acepto delante de Dios y delante de los hombres” (v. 26).

“El joven Samuel ministraba a Jehová en presencia de Elí; y la palabra de Jehová escaseaba en aquellos días; no había visión con frecuencia” (3:1); pero Dios estaba con Samuel (v. 19). Si los padres cristianos son responsables de repetir las enseñanzas de la Palabra a sus hijos (Deuteronomio 6:4-9; 11:18-20), el joven creyente está

llamado a ejercitarse para la piedad (1 Timoteo 4:7-8).

Samuel tenía la edad suficiente para entender. Sin embargo, debía adquirir un conocimiento personal de Dios. De modo que llegó el día en que la palabra de Dios se le comunicó directamente y Dios se dirigió a él por primera vez (1 Samuel 3:4, 7). Cuando Elí finalmente entendió que era Dios quien llamaba a Samuel, le enseñó la respuesta que debía dar. Llamado nuevamente por Dios, Samuel respondió: “Habla, porque tu siervo oye” (v. 10). Esta disponibilidad era en adelante una de las cualidades del siervo joven.

Este primer mensaje recibido por Samuel tenía un contenido muy solemne. ¿Cómo transmitirlo a Elí? Era una tarea difícil para un hombre tan joven. Aunque al principio se sintió perturbado, Samuel informó fielmente a Elí las palabras de Dios.

¡Qué terrible contraste con los hijos de Elí! También ellos se habían criado cerca del santuario, en contacto con las verdades divinas, pero sin ser hacedores de ellas. Su conducta, aún más infame para sacerdotes (véase Malaquías 2:7-9), contribuyó enormemente al ya tan humillante estado de Israel. A pesar de su piedad personal, el padre no supo cómo detenerlos y escuchó a Dios decirle: “Has honrado a tus hijos más que a mí” (1 Samuel 2:29). Como resultado

de este terrible desorden, la casa de Elí sería destituida del sacerdocio y sus hijos quitados (3:11-14).

Pero Dios en su gracia preparó a Samuel y el resplandor de su testimonio llenó el país. “Samuel creció, y Jehová estaba con él” (v. 19). Su secreto, que también debería ser nuestro, es este: “No dejó caer a tierra ninguna de sus palabras”, ninguna de las palabras de Dios. Y pronto “todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, conoció que Samuel era fiel profeta de Jehová” (v. 20). En su gracia, Dios continuaba manifestándose a él en Silo (v. 21).

### **El cumplimiento del juicio anunciado por Samuel**

Se cumplió el juicio que Samuel había anunciado de parte de Dios. Israel fue vencido delante de los filisteos (1 Samuel 4:2). El arca, símbolo de la presencia de Dios, habiendo sido traída por Israel a la batalla como una especie de talismán, fue tomada y llevada por los filisteos a su país. Dios dejó el tabernáculo de Silo (Salmo 78:60-64; Jeremías 7:12). El nombre del niño nacido en este momento, dado por una madre fiel, reflejó la triste realidad: “Icabod”, “¡Traspasada es la gloria de Israel!” (1 Samuel 4:21).

Los vencedores de Israel llevaron el arca a su país y la trataron con desprecio. Pero Dios los hirió severamente y después de unos meses

dejaron que regresara a Israel, donde los habitantes de Bet-semes tuvieron el honor de recibirla. Pero estos últimos levantaron su tapa —“el propiciatorio” sobre el cual se rociaba la sangre— y miraron dentro del arca. A su vez, fueron castigados por esta profanación y mandaron el arca más lejos. Ella permaneció veinte años en casa de Abinadab en Quiriat-jearim, y su cuidado fue confiado a Eleazar su hijo (7:1).

¿Qué fue del «niño del templo» durante todos estos años? No lo sabemos. De hecho, todo este tiempo fue necesario para que se llevara a cabo un trabajo de conciencia en Israel. Dios estaba esperando, y también Samuel. Somos ¡por desgracia! a menudo muy tardos para reconocer nuestras faltas, confesarlas y abandonarlas. La Escritura no tiene registro de todo este periodo de la historia de Israel, pero describe con gran detalle el momento en que todo el pueblo finalmente “lamentaba en pos de Jehová” (v. 2).

### **El regreso del pueblo a Dios**

Samuel salió de su retiro y llevó al pueblo de Israel un mensaje de parte de Dios: “Si de todo vuestro corazón os volvéis a Jehová, quitad los dioses ajenos y a Astarot de entre vosotros, y preparad vuestro corazón a Jehová, y sólo a él servid,

y os libraré de la mano de los filisteos” (v. 3). Sorprendentemente, el mensaje se escuchó y produjo frutos concretos. “Los hijos de Israel quitaron a los baales y a Astarot, y sirvieron sólo a Jehová” (v. 4). La separación de lo que es la causa del mal viene primeramente.

Samuel dijo: “Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré por vosotros a Jehová” (v. 5). Se juntaron, ayunaron y reconocieron: “Contra Jehová hemos pecado” (v. 6). La confesión, humillación, arrepentimiento y la separación, todas las condiciones indispensables para una verdadera restauración espiritual, estaban ahora presentes.

Sin embargo, la reunión del pueblo de Dios nunca es agradable para el enemigo y este último se acercó a la batalla: “Subieron los príncipes de los filisteos contra Israel” (v. 7). En su angustia, los hijos de Israel le dijeron a Samuel: “No ceses de clamar por nosotros a Jehová nuestro Dios, para que nos guarde de la mano de los filisteos” (v. 8). Samuel ofreció un sacrificio. Este cordero de leche, sacrificado entero a Dios, es una bella figura de Cristo. Basado en este holocausto, el profeta intercedió por Israel. “Clamó Samuel a Jehová por Israel, y Jehová le oyó” (v. 9).

Debido a la sincera humillación de Israel y la intercesión de Samuel, un mediador fiel, Dios otorgó la victoria a Israel (v. 11). Samuel no

se olvidó de expresar su gratitud. Estableció un memorial al erigir una piedra a la que llamó “Eben-ezer”, la piedra de ayuda, diciendo: “Hasta aquí nos ayudó Jehová” (v. 12). ¡Cuántos Eben-ezer podemos erigir en nuestra vida, como tantos hitos de la gracia y la misericordia de Dios hacia nosotros!

### Samuel, juez en Israel

Samuel continuó su carga de intercesión todo el tiempo que vivió. Fue el último juez y ejerció su función durante un periodo largo (1 Samuel 7:15).

Viajó incansablemente por el país, cosa que ninguno de sus predecesores parecía haber hecho. Bet-el, Gilgal, Mizpa y Ramá fueron los cuatro lugares elegidos para su circuito anual de juez (v. 16-17). De este modo pudo mantener un contacto directo con el pueblo. En Ramá estaba su casa y edificó allí un altar a Dios. Desde su juventud había aprendido a adorar a Dios, y disfrutaba de una comunión habitual con él.

Todo creyente debe tener una casa ordenada en la cual Dios tiene su lugar, para que el servicio que Dios le ha confiado no se vea obstaculizado. Pidamos humildemente al Señor su ayuda en este sentido. Samuel era descendiente de los hijos de Coré, objetos de la maravillosa gracia de Dios en el momento

de la triste rebelión de su padre (Números 16:1; 26:11).

## Israel quiere un rey

“Habiendo Samuel envejecido, puso a sus hijos por jueces sobre Israel” (1 Samuel 8:1). Estos, al parecer, no fueron llamados por Dios a tal servicio, ni aptos a realizarlo (v. 3).

Por otro lado, los hijos de Israel, queriendo ser “como... todas las naciones”, exigieron un rey que los juzgara (v. 5). Y para justificar su petición a Samuel, no dudaron en objetar la conducta de sus hijos, quienes, lamentablemente, “no anduvieron... por los caminos de su padre” (compárese v. 3 con 12:3-5). Samuel, muy entristecido por esta petición, inmediatamente utilizó su recurso habitual: “a Jehová oró” (8:6).

La respuesta de Dios fue clara: “No te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (v. 7). Fue el reconocimiento de Dios de cuán fielmente Samuel había cumplido su misión.

Sin embargo, Dios le dijo a su siervo que oyera la voz de este pueblo rebelde. Tendrán el rey que quieren, un rey según el corazón del hombre. Dios mismo lo elegirá para ellos “en su furor” y luego se lo quitará “en su ira” (Oseas 13:11). Samuel fue responsable de

hacer que el pueblo, en particular los ancianos (véase 1 Samuel 8:4), sintieran su culpa, su ingratitud y su falta de confianza en Dios. También debía protestar solemnemente contra ellos por las consecuencias de su desobediencia y mostrarles cómo les tratará el rey al que querían someterse (v. 9).

Pero las advertencias del profeta fueron ineficaces. El pueblo dijo: “No, sino que habrá rey sobre nosotros; y nosotros seremos también como todas las naciones” (v. 19-20). Samuel refirió las palabras del pueblo en oídos de Dios, y Dios le dijo: “Oye su voz, y pon rey sobre ellos” (v. 22).

## Discurso de despedida al pueblo

Saúl fue ungido rey sobre Israel y luego oficialmente establecido en su cargo. Samuel era “viejo y lleno de canas” (1 Samuel 12:2). Luego dirigió un último discurso al pueblo. Le recordó “todos los hechos de salvación que Jehová ha hecho” (v. 7) y toda su bondad hacia Israel a lo largo de su historia, y la constante infidelidad del pueblo. En un llamamiento solemne, lo colocó frente a los dos caminos que ahora estaban delante de él: “Si temiereis a Jehová y le sirviereis...” y “si no oyereis la voz de Jehová...” (v. 14-15). Para subrayar la importancia de su mensaje y estimular el temor de Dios en los corazones, anunció que le iba



a pedir una señal: “Yo clamaré a Jehová, y él dará truenos y lluvias” (v. 17). “Y Samuel clamó a Jehová, y Jehová dio truenos y lluvias en aquel día; y todo el pueblo tuvo gran temor de Jehová y de Samuel” (v. 18).

Entonces el pueblo le preguntó al profeta: “Ruega por tus siervos a Jehová tu Dios, para que no muramos; porque a todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir rey para nosotros” (v. 19). Esta feliz confesión era un pequeño rayo de luz en una escena muy oscura. Samuel, en su preocupación por el pueblo, les aseguró su fidelidad en el servicio que Dios le había confiado: “Así que, lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros; antes os instruiré en el camino bueno y recto” (v. 23). Aquí encontramos estos dos elementos esenciales: la oración y la enseñanza de la Palabra de Dios. ¡Que Dios levante, incluso hoy, siervos que cumplan con su deber de orar incansablemente por los creyentes y enseñarles el camino bueno y recto!

### Los últimos días de Samuel

El rey Saúl pronto mostró su independencia. Su desobediencia al mandato de Dios resultó en su rechazo. Dos veces Samuel tuvo que culparlo severamente y decirle que Dios se ha buscado “un varón

conforme a su corazón”, que será David (1 Samuel 13:14; 15:23, 28).

Lo que precede al segundo de estos episodios es particularmente conmovedor. Dios le anunció a Samuel: “Me pesa haber puesto por rey a Saúl, porque se ha vuelto de en pos de mí” (15:11). El profeta “se apesadumbró” y esto se tradujo en un clamor, una oración urgente: “Clamó a Jehová toda aquella noche”. No había lugar en ese corazón desinteresado para la más mínima amargura hacia el pueblo que lo había dejado a un lado, ni ninguna satisfacción al ver a Saúl destituido a su vez, por Dios mismo.

Samuel estaba triste, pero Dios finalmente le dijo: “¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel?”; y envió entonces su siervo con un cuerno de aceite “a Isaí de Belén, porque de sus hijos me he provisto de rey” (16:1).

En un momento particularmente difícil de su vida, el joven David que tuvo que huir para salvarla, fue a Samuel en Ramá, y le informó de todo lo que Saúl le hacía. “Y él y Samuel se fueron y moraron en Naiot” (19:18). No se nos informa de sus conversaciones, pero no podemos dudar de la comunión que unió a estos dos hombres que estaban muy apegados a Dios. La vida de David también estará marcada por la oración, como atestiguan muchos salmos.

## Sus hermanos hablaron con él

---

Génesis 45:1-15

Hay una mención notable de Samuel en el libro de Jeremías. Este es el momento en que la iniquidad de Israel había llegado a su colmo, y “no hubo ya remedio” (2 Crónicas 36:16). El juicio estaba decretado y pronto sería ejecutado: Jerusalén será destruida y el pueblo transportado a Babilonia. El profeta Jeremías, que también era un hombre de oración, que amaba a su pueblo y quería su bien, nunca dejó de interceder por ellos. Pero Dios le dijo: “No ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración, ni me ruegues; porque no te oiré” (Jeremías 7:16). “Si Moisés y Samuel se pusieran delante de mí, no estaría mi voluntad con este pueblo” (15:1).

La vida de Samuel fue marcada por un espíritu de gracia que advierte y anima. Este espíritu brilló supremamente en Jesús durante todo su ministerio aquí en la tierra.

El día de la gracia aún dura. Amigos creyentes, seamos intercesores. Entremos al santuario sin miedo, acerquémonos confiadamente al trono de la gracia (Hebreos 4:16). Aún hoy sería un pecado cesar de rogar (1 Samuel 12:23). Presentémonos delante de él y aprendamos a esperar (Salmo 5:3). ¡Que nuestra intercesión vaya siempre acompañada de un testimonio real de hecho y de palabra!

Ph. Laügt

Los sentimientos de afecto y ternura que había en el corazón del Señor Jesús por los suyos nos son ilustrados con pasajes del Antiguo Testamento. Y en ninguna otra parte se ejemplifican más claramente que en la relación de José con sus hermanos. En estos antiguos relatos dados por Dios, José fue particularmente el hombre que lloraba. Sus lágrimas se derramaban, ante todo, por los sentimientos de afecto hacia sus hermanos. La historia de su relación con ellos alcanzó su punto máximo cuando él, el gobernador de Egipto, ya no podía contener por más tiempo sus emociones, dejó que su voz estallara en lágrimas y gritó: “Yo soy José” (v. 2-3). Fue un momento único, y la sorpresa que causó esta revelación parecía privar a estos once hombres de poder pronunciar una palabra o de hacer algún gesto. Entonces José extendió sus manos hacia ellos y les dijo: “Acercaos ahora a mí” (v. 4).

Luego los tomó uno tras otro en sus brazos, lloró sobre sus cuellos, y depositó en sus mejillas el beso de su perdón. Su amor se derramó sobre ellos con una fuerza

incontenible, apartando todo temor, hasta que, gracias a la gran sencillez del lenguaje bíblico, podemos encontrar: “Después sus hermanos hablaron con él” (v. 15). A partir de entonces, se sintieron cómodos en su presencia y libres de poder hablar con él en su lengua natal de su país de origen, el de la casa de su padre. La idea de que eran hermanos del gran señor de Egipto, en cuyas manos Faraón había puesto todo su poder, no se les había pasado por la cabeza. Se habrían contentado con permanecer suplicantes a los pies de José y recibir de su bondad lo suficiente para mantener sus almas en vida. Pero, para José, no hubiera sido lo correcto, porque los amaba. Y por este amor les reveló el vínculo que les unía e hizo todo lo posible para que se sintieran a gusto.

A menudo somos como los hermanos de José. Nos alegra recibir la salvación de la mano de nuestro Señor y aceptar sus bendiciones, porque satisface nuestras necesidades, siendo estas a menudo lo único que nos impulsa a acercarnos a él. Pero, así como José no se contentó simplemente con cubrir las necesidades de sus hermanos, tampoco complace al Señor saciar solo las nuestras. Porque él también tiene una necesidad, la del amor perfecto, el cual no puede satisfacerse sin la compañía de sus seres queridos y sin la comunión con ellos.

Más que eso, aquellos a quienes Dios ama deben estar limpios para su presencia, para serle agradables. De lo contrario, su amor no podría descansar en ellos. Sin embargo, el Evangelio nos revela que somos hermanos del Salvador resucitado. Este es el mensaje que envió a sus discípulos por medio de María Magdalena el día de la resurrección: “Ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17). Nótese que el Señor no dijo como José: “Yo soy... vuestro hermano”, como si quisiera decirles que se había rebajado a su nivel. Dijo: “mis hermanos”, y estas palabras nos revelan la gran verdad de que nos eleva a su nivel.

Sus discípulos eran sus “compañeros”, como dice la epístola a los Hebreos: “Te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros” (1:9). Somos sus compañeros para siempre, porque, por la gracia de Dios, estamos relacionados con él, somos de su misma familia. De hecho, está escrito: “Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos” (2:11). Es una verdad de poder infinito, algo que nunca pudo haber germinado en los pensamientos del hombre. Proviene enteramente de Dios y tenemos que aceptarlo en adoración, como proveniente de su amor eterno. Quien

cree en el Señor Jesús no es solo un pecador salvo, sino también uno de los hermanos del Señor resucitado, quien ahora está coronado de gloria y de honra, y a quien pronto estará sujeta toda la creación de Dios. Tal es la gloria de la relación en la que nos encontramos, pero lo que es más profundo que cualquier otra cosa es el amor que caracteriza esta relación. Esto forma parte de este acto de soberanía divina, porque su Padre es nuestro Padre, su Dios es nuestro Dios (Juan 20:17).

Es el privilegio de aquellos, a quienes Cristo llama sus hermanos, disfrutar de la comunión de amor con él en todo momento. No obstante, hay ocasiones en las que esto tiene lugar de manera especial, y así sucede durante la celebración de la Cena. Allí nos dice en verdad: “Acercaos ahora a mí”. La Cena del Señor nos presenta el acto supremo de su amor, el don de sí mismo. Nos recuerda que descendió a las insondables profundidades de la muerte, para poder mostrarnos libremente su amor. Y mientras participamos de la Cena en memoria de él, nos asegura que su amor no se agotó en la cruz cuando se manifestó en su infinitud, y que el tiempo transcurrido no lo debilita en nada. Así como los hermanos de José pudieron hablar con él cuando recibieron su beso, nosotros también podemos hablar con el Señor, porque nuestros corazones están confiados en el

testimonio de su amor. Y así nuestros labios tartamudos se sienten libres para hablar de sus glorias.

Leemos en el Salmo 105:2: “Cantadle, cantadle salmos; hablad de todas sus maravillas”. Este privilegio pertenece a todos los que lo conocen. Aquí no se trata de predicar, ni de hablar de él, sino de hablar con él. Él aprecia seguramente que hablemos de él; pero si nos satisfacemos simplemente al hablar de él y nos olvidamos de hablar con él, le privamos de aquello que tanto valora su amor.

Este deseo del Señor se expresa en el lenguaje figurado del Cantar de los Cantares. El amado dice a la amada: “Muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz; porque dulce es la voz tuya, y hermoso tu aspecto” (2:14).

Al hablar con él en la libertad bendita y en el gozo de su presencia, nos familiarizamos más con el lenguaje de la casa del Padre. Su gozo es revelarnos las cosas del Padre, porque en ellas tenemos parte con él.

J.T. Mawson

---

Al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia... Por tanto, es por fe, para que sea por gracia.

Romanos 4:5, 16

---

Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí.

Efesios 6:18

---

Así que, lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros.

1 Samuel 12:23

---

Acercaos ahora a mí.

Génesis 45:4

---

## Publicación de edificación cristiana Creced

---

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

**Suscripción:** La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

**Contacto:** Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio [www.creced.ch](http://www.creced.ch), o a través de la dirección de correo electrónico: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch).

Están a la venta los **19 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2020-21. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

**Precio** (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

### Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch), indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

---

**Sitio web:** <http://www.creced.ch>

**E-mail:** [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch)

---